

Ibáñez y Pinochet, dictadores desconfiados

Secretario del ministro de Hacienda, llegó a trabajar al gobierno en 1954. 25 años después sería parte de la administración del otro militar que marcó a Chile.

Muy indirectamente en uno, mucho más involucrado en el otro. Vial trabajó en los gobiernos de los dos militares cuyas figuras marcaron el siglo 20: Carlos Ibáñez del Campo y Augusto Pinochet. Claro que, si en el caso del segundo fue ministro, con Ibáñez su participación fue mucho más limitada: se desempeñó como secretario privado de Jorge Prat cuando éste, en 1954, asumió la cartera de Hacienda. De esa época, Vial no guardaba demasiados recuerdos, pero sí una anécdota reveladora:

—Ibáñez, como era militar, llegaba demasiado temprano a La Moneda. Entonces, llamaba por citófono, sin identificarse, y preguntaba:

«¿está el ministro?». «No está el ministro, señor», le decía yo, que respondía como secretario. «¿Está el subsecretario?», volvía a preguntar. «No, tampoco está», le respondía. «Bueno», y cortaba, muy desengañado de que el ministro y el subsecretario no estuvieran a las 8 de la mañana en el Ministerio.

—¿Usted ve alguna similitud entre las personalidades de Ibáñez y Pinochet?

—Hay una formación militar que imprime carácter. Por ejemplo, ambos eran hombres de una gran cortesía. No eran atropelladores ni descuidados en su trato, sino deferentes y amables.

—Y desconfiados...

—Sí, los dos eran por naturaleza desconfiados, pe-

ro yo creo que eso es un rasgo casi consustancial con el dictador, con el hombre que ejerce el poder absoluto. Ibáñez siempre tuvo la desconfianza más enorme por todo el que pudiera hacerle sombra: el mismo Jorge Prat, el general Benjamín Videla—padre de Ernesto Videla—, el ministro de Hacienda Oscar Herrera... todos los que él pensaba que podían ser sus sucesores o que lo podían desplazar... ¡a él, un hombre que iba a salir del Gobierno a los 80 años! Y Pinochet tenía lo mismo, naturalmente.

—Eso me recuerda, hablando de Pinochet, que él le tuvo mucha animadversión a Hernán Cubillos.

—No le tenía animadversión, sino desconfianza. La familia de Pinochet cultivaba la desconfianza del Presidente contra quienes sospechaban que podían en algún momento desplazarlo, y ése fue el caso de Hernán Cubillos. En cambio, el Presidente Pinochet—igual que el Presidente Ibáñez—podía poner ilimitada confianza en una persona, siempre que estu-



Ibáñez, en la elección que lo llevó por segunda vez al poder.

viera seguro, por su juventud o por cualquier otro rasgo, de que nunca lo iba a querer desplazar. El tema no era que le hicieran sombra en el sentido de vanidad, sino que nunca lo pudieran desplazar. Ese era el caso, por ejemplo, de Sergio de Castro, de Sergio Fernández y también de José Piñera... José Piñera más por su juventud que por otra cosa.

—Sergio de Castro, por cero ambición.

—Eso. Estaba convencido Pinochet de que Sergio de Castro podía querer ser muchas cosas, pero no quería ser Presidente de la República. Y lo mismo en el caso de Sergio Fernández. Contra esa gente no operaban los dardos de la proximidad del Presidente. En cambio, la labor de zapa contra Cubillos tuvo éxito porque Cubillos efectivamente podía ser una figura de reemplazo de Pinochet. ●